

EL PODER DE LA COMUNIDAD PUEDE CAMBIAR AL MUNDO*

Tony Blair

Mirado retrospectivamente, el nuevo milenio sólo marcó un momento en el tiempo. Fueron los sucesos del 11 de septiembre los que señalaron un giro decisivo en la historia, donde confrontamos los peligros del futuro y evaluamos las opciones que enfrenta la humanidad.

Fue una tragedia, un acto de perversidad. Desde esta nación enviamos nuestras más profundas condolencias y oraciones por las víctimas, y nuestro hondo sentimiento de solidaridad para con el pueblo estadounidense. Estuvimos con ustedes desde el comienzo y permaneceremos con ustedes hasta el final.

Hace sólo dos semanas, después de un oficio religioso en Nueva York, me reuní con algunos familiares de las víctimas británicas.

De varias maneras fue una ocasión muy británica, con té y galletas. Afuera llovía. En las esquinas de la sala se veían grupos de desconocidos que trataban de entablar alguna conversación, que intentaban actuar como personas normales en una situación anormal. Pero al atravesar el recinto se percibía añoranza y tristeza: manos aferradas a fotos de hijos e hijas, espo-

TONY BLAIR. Primer Ministro de Gran Bretaña.

* Texto completo del discurso pronunciado durante la conferencia del Partido Laborista, en Brighton, el martes 2 de octubre de 2001. Tomado de www.labour.org.uk/lp/new/labour/docs

Traducción al castellano del Centro de Estudios Públicos.

sas y esposos; personas implorando que se les creyera cuando afirmaban que aún existía una remota posibilidad de encontrar con vida a sus seres queridos, cuando en realidad sabíamos que se había perdido toda esperanza.

Luego, una madre de mediana edad nos mira a los ojos y nos dice que su único hijo ha fallecido, y pregunta: “¿Por qué?”

Debo decirles que uno no se siente la persona más poderosa del país en momentos como éste. Porque no hay respuesta. No hay justificación para ese dolor. Su hijo no hizo nada malo. La mujer que tiene siete meses de embarazo y cuyo hijo nunca conocerá a su padre, tampoco hizo nada malo.

Ellos no quieren venganza. Quieren algo mejor en recuerdo de sus seres queridos.

Creo que en su memoria podemos y debemos hacer algo más que castigar a los culpables. De entre las tinieblas de esa perversidad debiera emerger, como un bien duradero: la destrucción de la maquinaria del terrorismo, dondequiera que se encuentre; la esperanza, en todas las naciones, de un nuevo comienzo en el que procuremos zanjar las diferencias en un clima de orden y calma; un mayor grado de entendimiento entre las naciones y entre los credos; y, sobre todo, justicia y prosperidad para los pobres y los desposeídos, de modo que en todas partes la gente pueda vislumbrar la oportunidad de un futuro mejor como resultado del trabajo arduo y del poder creativo de ciudadanos libres, no la violencia y el salvajismo de los fanáticos.

Sé que aquí en el Reino Unido la gente está inquieta, incluso un poco atemorizada. Es comprensible. La gente sabe que debemos actuar, pero está preocupada por lo que pueda venir después.

Están intranquilos por la economía y hablan de recesión.

Por supuesto que hay peligros; se trata de una situación nueva.

Pero las bases de las economías estadounidense, británica y europea son sólidas. Se están adoptando todas las medidas razonables de seguridad interna. Nuestra forma de vida es mucho más fuerte y perdurará por muchísimo más tiempo que los actos cometidos por fanáticos, pocos en número y que hoy enfrentan un mundo unido en su contra.

La gente debe tener confianza. Ésta es una batalla con un solo desenlace: nuestra victoria y no la de ellos.

Lo que sucedió el 11 de septiembre no tiene precedentes en la infame historia del terrorismo. En unas pocas horas, cerca de 7.000 personas

fueron aniquiladas, el centro comercial de Nueva York fue reducido a escombros, y en Washington y en Pensilvania hubo también muerte y horror en una escala inimaginable. Nadie puede decir que el Islam no ha sufrido un golpe cuando se derramó la sangre de musulmanes inocentes junto con la de cristianos, judíos y gente de otros credos de todo el mundo.

Sabemos quiénes son los responsables.

En Afganistán hay innumerables campamentos de entrenamiento destinados a la exportación del terror. Entre sus principales patrocinadores y organizadores se encuentra Osama bin Laden, quien cuenta con el respaldo, la protección y ayuda del régimen talibán.

Dos días antes de los ataques del 11 de septiembre, Ahmad Shah Masud, líder de la opositora Alianza del Norte, fue asesinado por dos hombres-bombas. Ambos actos estaban vinculados con Bin Laden. Algunos podrán llamarlo coincidencia, pero yo lo llamo pago; un pago en la moneda con que negocia esta gente: la sangre.

Que no les quepa duda: Bin Laden y sus secuaces organizaron esta atrocidad. Los talibanes lo ayudan y lo encubren. Bin Laden no va a desistir de cometer otros actos terroristas, ni ellos cesarán de apoyarlo.

Cualesquiera sean los riesgos de las medidas que adoptemos, los riesgos de la inacción son muchísimo mayores. Analicemos por un momento el régimen talibán. Es un gobierno antidemocrático, sin duda ninguna. Todos los deportes, la televisión y las fotografías están prohibidos. Tampoco se permiten las manifestaciones culturales o artísticas. Todos los otros credos, todas las otras interpretaciones del Islam son reprimidos sin piedad. Aquellos que practican otra fe son encarcelados. Las mujeres son tratadas de un modo demasiado repulsivo como para ser creíble. Fueron expulsadas de las universidades y las niñas tiene prohibición de asistir a la escuela. No tienen derechos legales y no pueden abandonar sus casas sin la compañía de un hombre. Las que desobedecen son apedreadas.

No se permite ahora el contacto con organismos occidentales, ni siquiera con los que distribuyen alimentos. La gente vive en condiciones de pobreza abyecta. Se trata de un régimen sustentado en el miedo y financiado con el tráfico de drogas. El mayor depósito de drogas del mundo se encuentra en Afganistán, controlado por los talibanes. El 90% de la heroína que circula por las calles de Gran Bretaña procede de Afganistán.

El armamento que hoy en día están comprando los talibanes se paga con las vidas de los jóvenes británicos que adquieren esas drogas en las calles de nuestro país. Ésta es otra faz del régimen talibán que debemos destruir.

Luego, ¿qué debemos hacer?

No hay que reaccionar con exageración, dicen algunos. No lo estamos haciendo. No hemos emprendido ningún ataque violento. No lanzamos misiles la primera noche como una medida efectista.

Que no hay que matar a seres inocentes. No somos nosotros quienes libramos guerras contra inocentes. Nosotros buscamos a los culpables.

Hay que procurar una solución diplomática, nos dicen. No hay diplomacia posible con Bin Laden, ni con el régimen talibán.

Hay que enviar un ultimátum y esperar a que respondan. Pues bien, enviamos un ultimátum y no han respondido.

Hay que entender las causas del terrorismo. Sí, deberíamos intentarlo, pero no permitamos la ambigüedad moral al respecto: nada podría justificar jamás los sucesos del 11 de septiembre, y pretender hacerlo sería ir en contra de la justicia.

Las medidas que tomaremos serán proporcionadas y estarán bien dirigidas; haremos todo lo humanamente posible para evitar pérdidas civiles. Pero entendamos bien con quién nos estamos enfrentando. Escuchen las llamadas telefónicas de los pasajeros de esos aviones. Piensen en los niños que iban ahí, cuando se les dijo que van a morir.

Piensen en la crueldad que va más allá de nuestra comprensión, cuando, en medio de los gritos y la angustia de seres inocentes, los secuestradores condujeron a toda velocidad esos aviones cargados de combustible hasta estrellarlos contra edificios donde trabajaban decenas de miles de personas.

Ellos no tienen ninguna inhibición moral para asesinar a seres inocentes. Si hubieran podido matar no a 7.000 sino a 70.000 personas, ¿acaso alguien duda de que no lo habrían hecho y se habrían regocijado en ello?

No hay solución de compromiso posible con personas así, ninguna afinidad de ideas, ningún punto de entendimiento con ese terrorismo. Sólo hay una alternativa: derrotarlo o sucumbir a él. Y nosotros debemos vencerlo.

Cualquier medida que se adopte será contra la red terrorista de Bin Laden. En cuanto a los talibanes, ellos pueden entregar a los terroristas o afrontar las consecuencias, y, una vez más, cualquier acción tendrá por objetivo destruir su armamento pesado, cortar su financiamiento, interrumpir su abastecimiento, apuntar a sus tropas y no a la población civil. Le tenderemos una emboscada al régimen talibán.

A los talibanes les digo: “Entreguen a los terroristas o entreguen el poder. Ustedes deciden”.

Actuaremos en todos los niveles, nacional o internacional, en las Naciones Unidas, en el G8, en la Unión Europea, en la OTAN, en todos los grupos regionales del mundo, con el fin de asestar un golpe al terrorismo internacional, dondequiera que exista.

Por primera vez, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha decretado que todos los miembros de la ONU están obligados a detener el financiamiento del terrorismo y a terminar con el asilo para los terroristas. Quienes financian actos de terrorismo, quienes lavan su dinero, quienes cubren sus huellas son igualmente culpables que los fanáticos que cometen el acto final.

Aquí en Gran Bretaña, lo mismo que en otras naciones de todo el mundo, las leyes serán modificadas, no para desconocer las libertades básicas sino para impedir su abuso y resguardar la más básica de todas las libertades: el derecho a vivir libres del terror. Se establecerán nuevas leyes de extradición, y nuevas normas para asegurarnos de que el asilo no sea una pantalla para el ingreso de terroristas. Gran Bretaña se enorgullece de su tradición de dar asilo a quienes huyen de la tiranía, y siempre lo haremos. Pero tenemos el deber de proteger al sistema contra los abusos, revisándolo y sometiéndolo a modificaciones radicales, de manera que en lo sucesivo quienes acaten las reglas reciban ayuda, y quienes no las acaten no puedan manipular el sistema para obtener ventajas injustas a costa de otros.

En todo el mundo, el 11 de septiembre ha hecho que los gobiernos y sus ciudadanos reflexionen, analicen y cambien. Y de este proceso, entre todo lo que se habla de guerra y acción, está emergiendo otra dimensión: hay una convergencia.

El poder de la comunidad se está reafirmando. Nos estamos dando cuenta ahora de lo frágiles que son nuestras fronteras ante los nuevos desafíos que encara el mundo.

En la actualidad, los conflictos rara vez se mantienen dentro de los límites nacionales. Hoy un temblor en un mercado financiero repercute en los mercados mundiales. Hoy la confianza, ya sea su presencia o ausencia, es un factor de alcance mundial. Hoy la amenaza es el caos, pues las personas que tienen trabajo que realizar, vida familiar que cuidar, hipotecas por pagar, carreras en las cuales progresar, pensiones que pagar, anhelan orden y estabilidad, y si éstos no existen en otras partes, es improbable que existan en nuestro país.

Por largo tiempo he creído que esta interdependencia define el nuevo mundo en que vivimos.

La gente dice: estamos actuando únicamente porque fue Estados Unidos al que atacaron. Se aplica una política de doble estándar, opinan. Pero cuando Milosevic inició la operación de limpieza étnica de ciudadanos musulmanes en Kosovo, actuamos. Los escépticos dijeron que no serviría y que sólo empeoraría la situación, que fortaleceríamos la posición de Milosevic, y miren lo que ocurrió: ganamos, los refugiados regresaron a casa, se revirtieron las políticas de limpieza étnica, y uno de los grandes dictadores del siglo pasado deberá enfrentar ahora la justicia.

Y les advierto que si en Ruanda vuelve a suceder lo que en 1993, cuando un millón de personas fueron asesinadas a sangre fría, tendríamos el deber moral de actuar ahí también. Y estuvimos ahí en Sierra Leona cuando un grupo de gánsteres asesinos puso en jaque al gobierno elegido democráticamente y a la población. Y nosotros como país deberíamos sentirnos agradecidos —y yo como Primer Ministro lo hago— por la excelencia, dedicación y cabal profesionalismo de las fuerzas armadas británicas.

No podemos hacerlo todo. Tampoco los americanos. Pero el poder de la comunidad internacional en conjunto podría hacerlo, si se lo propone.

Podría, con nuestra ayuda, terminar con el flagelo en que se ha convertido el persistente conflicto en la República Democrática del Congo, donde tres millones de personas han muerto a causa de la guerra o de la hambruna en la última década. Aún queda por crear, si encontramos la voluntad, una asociación a favor de África, entre el mundo desarrollado y en desarrollo, en base a la Nueva Iniciativa Africana.

Por nuestro lado: podríamos proporcionar más ayuda, sin amarras al comercio; condonar deudas; colaborar en la creación de un sistema de gobierno y una infraestructura adecuados; capacitar a los soldados, con la venia de la ONU, para la solución de conflictos; fomentar las inversiones y permitir el acceso a nuestros mercados, de modo que practiquemos la libertad de comercio que somos tan dados a predicar.

Pero es un compromiso de transacción. Por el lado africano debe haber verdadera democracia, no más excusas para justificar las dictaduras y los abusos contra los derechos humanos; intolerancia frente al mal gobierno, que va desde la corrupción endémica de algunos Estados hasta las actividades de los esbirros de Robert Mugabe en Zimbabwe; sistemas comerciales, jurídicos y financieros adecuados; disposición para concertar, con nuestra ayuda, acuerdos de paz, y para facilitar tropas que supervisen su cumplimiento.

La situación del continente africano es una herida en la conciencia de la humanidad. Pero si la comunidad mundial concentrara su atención en

ella, podríamos sanarla. Y si no lo hacemos, se volverá más profunda e iracunda.

También podríamos poner fin al problema del cambio climático, si así lo quisiéramos. El protocolo de Kyoto es correcto. Lo vamos a poner en práctica e instaremos a todas las demás naciones a hacerlo. Para éste es sólo el punto de partida. Con imaginación podemos emplear o descubrir las tecnologías que permitan generar energía sin destruir nuestro planeta; podríamos proporcionar trabajo y comerciar sin provocar deforestación. Si la humanidad finalmente fue capaz de lograr progresos en su industria, desterrando las condiciones en que operaban las fábricas del siglo XIX, ciertamente disponemos de la inteligencia y voluntad para desarrollarnos económicamente sin asolar el medio ambiente del cual dependemos.

Y si lo quisiéramos, podríamos insuflar nueva vida al proceso de paz en el Medio Oriente; y debiéramos hacerlo. El Estado de Israel tiene que ser reconocido por todos, liberado del terror, saber que es aceptado como parte del nuevo Medio Oriente, y no ver amenazada su existencia misma. Los palestinos necesitan justicia, la oportunidad de prosperar en su propia tierra, como socios igualitarios de Israel en esa era futura.

Sabemos que ésta es la única vía, así como sabemos que en nuestro propio proceso de paz, en Irlanda del Norte, no habrá unificación de Irlanda como no sea mediante el consentimiento; y no habrá retorno a los días de la supremacía unionista o protestante porque esos días ya no tienen lugar en el mundo moderno. De manera que los unionistas tendrán que aceptar la justicia y la igualdad para los nacionalistas. Los republicanos deberán demostrar que han renunciado a la violencia, no sólo mediante el cese de las hostilidades sino entregando las armas. Y no únicamente los republicanos, sino los que se hacen llamar leales y mancillan sin embargo el nombre del Reino Unido con actos de terrorismo.

También somos conscientes de esa realidad. Los valores en que creemos deben brillar durante las operaciones que emprendamos en Afganistán.

Para el pueblo afgano vaya nuestro compromiso: el conflicto no significará el final. No nos vamos a retirar, como tantas veces antes lo ha hecho el mundo exterior. Si cambia el régimen talibán, trabajaremos junto a ustedes para garantizar que su sucesor sea un gobierno con amplia base de apoyo, que reúna a todos los grupos étnicos y que ofrezca alguna salida para superar la pobreza miserable en que viven actualmente.

Y ahora más que nunca, con el mismo grado de consideración y planificación, formaremos una coalición humanitaria paralela a la militar,

de manera que tanto al interior como fuera de Afganistán los refugiados —millones de personas errantes incluso desde antes del 11 de septiembre— reciban amparo, alimentos y ayuda durante los meses de invierno.

La comunidad mundial debe demostrar que es capaz tanto de compasión como de fuerza.

Los detractores dirán: ¿pero acaso el mundo puede llegar a ser una comunidad, en circunstancias que las naciones actúan según sus propios intereses? Por cierto que así lo hacen. Pero ¿cuál es la lección de los mercados financieros, el cambio climático, el terrorismo internacional, la proliferación nuclear o el comercio mundial? La lección es que el interés propio y los intereses mutuos están hoy inseparablemente entrelazados.

Es la política de la globalización.

Me doy cuenta de por qué la gente protesta contra la globalización. Vemos con recelo algunos aspectos de ella. Nos sentimos impotentes, como si fuéramos empujados de un lado a otro por fuerzas que escapan a nuestro control. Pero existe el peligro de que los dirigentes políticos, enfrentados a manifestaciones callejeras, acepten sin más el argumento en lugar de responder a él.

Los manifestantes tienen razón cuando dicen que hay injusticia, pobreza y deterioro ambiental. Pero la globalización es un hecho y, en términos generales, un proceso impulsado por la gente. No sólo en lo financiero, sino en las comunicaciones, la tecnología, progresivamente en la cultura, en la recreación. En el mundo de la internet, de la tecnología de la información y de la TV, va a haber globalización. Y en el comercio el problema no es que haya mucha globalización, sino, al contrario, que haya muy poca.

No se trata de cómo detener la globalización. Se trata de cómo utilizar el poder de la comunidad para lograr combinarlo con la justicia. Si la globalización sólo beneficia a unos pocos, entonces va a fracasar y debería fracasar. Por el contrario, si aplicamos los principios que tan buenos resultados nos han dado en nuestro país —que el poder, la riqueza y las oportunidades deben estar en manos de muchos y no de una minoría—, si los transformamos en el faro que guíe la economía mundial, entonces será una fuerza que propenderá al bien y un movimiento internacional del que deberíamos enorgullecernos de liderar.

Porque la alternativa a la globalización es el aislamiento.

Frente a esta realidad, las naciones de todo el mundo instintivamente se están acercando entre sí. En la Cumbre de Quebec, todos los países de Norteamérica y Sudamérica están intentando crear una extensa área de libre comercio capaz de competir con Europa. En Asia existe la ASEAN.

En Europa, el grupo más integrado de todos, somos ahora 15 países; otros 12 están negociando su incorporación y aún hay otros más esperando su turno.

Se está gestando una nueva relación entre Rusia y Europa. ¿Y acaso la India y China, cada una con una población tres veces superior a la de Europa entera, una vez que sus economías se hayan desarrollado lo suficiente, lo que con seguridad ocurrirá, no reconfigurarán completamente la geopolítica mundial?

Por eso es que para un país como el nuestro, con un comercio que depende en un 60% de Europa, donde tres millones de empleos están estrechamente asociados a Europa y cuyo peso político está en gran parte comprometido en Europa, darle la espalda a Europa constituiría una negación fundamental de nuestro verdadero interés nacional.

Nunca permitiremos que ello suceda.

Durante los últimos 50 años Gran Bretaña, de manera atípica, no ha liderado sino que ha seguido a otros en Europa.

En todas y cada una de las etapas emergen debates fundamentales para nuestro futuro: cómo reformamos la política económica europea; cómo llevamos adelante la defensa europea; cómo combatimos el crimen organizado y el terrorismo.

Gran Bretaña tiene que hacer oír su voz con energía en Europa, y, para ser francos, Europa necesita un Reino Unido fuerte, firme como una roca en su alianza con los Estados Unidos pero, a la vez, determinado a participar de lleno en la configuración del destino de Europa.

Deberíamos formar parte del sistema de moneda única sólo si se cumplen las condiciones económicas. Esas condiciones no son el decorado de una decisión política; son fundamentales. Pero si ellas se cumplen, deberíamos incorporararnos; y si se cumplen en este Parlamento, deberíamos hacer valer nuestros argumentos para pedir la aprobación del pueblo británico en el Parlamento.

Europa no representa una amenaza para Gran Bretaña, sino una oportunidad. La esperanza de un futuro próspero para Gran Bretaña radica en tomar lo mejor de los modelos de desarrollo anglosajón y europeo: el espíritu de emprendimiento estadounidense y el espíritu solidario europeo. Tenemos aquí también una oportunidad de construir puentes, no sólo políticos, sino también económicos.

¿Cuál es la respuesta a la crisis actual? No el aislacionismo, sino la convergencia del mundo con los Estados Unidos, como una comunidad.

¿Cuál es la respuesta a las relaciones entre Gran Bretaña y Europa? No marginarnos, sino actuar como líderes de una comunidad en la que, en alianza con otras naciones, nos hacemos más fuertes.

¿Cuál es la respuesta acerca del futuro de Gran Bretaña? Trabajar, no cada uno para sí únicamente, sino trabajar juntos como comunidad para garantizar que todos, y no sólo unos pocos privilegiados, tengan la oportunidad de prosperar.

Ésta es una extraordinaria oportunidad para aplicar políticas progresistas.

Nuestros valores son los adecuados para esta época: el poder de la comunidad, la solidaridad, la capacidad colectiva de promover los intereses individuales.

La gente me pregunta si yo creo que las ideologías han muerto. Mi respuesta es: en cuanto formas rígidas de la teoría económica y social, sí. Esas ideologías murieron en el siglo veinte y su desaparición causa poco pesar. Pero en cuanto ideas rectoras de la política, basadas en valores, no. La idea rectora de la democracia social moderna es la de comunidad, fundada en los principios de justicia social. La gente tiene que prosperar en función de sus méritos y no de su origen social. La piedra de toque de cualquier sociedad decente no es la satisfacción de los ricos y poderosos, sino su compromiso con los pobres y débiles.

Pero los valores no bastan por sí solos. La investidura del liderazgo tiene un precio: el coraje de ser capaz de aprender y cambiar, de demostrar cómo valores defendidos en todos los tiempos pueden aplicarse de manera pertinente en cada época.

Nuestra política sólo ha tenido éxito cuando el realismo es tan nítido como el idealismo.

La fuerza que hoy tiene nuestro partido procede de la travesía de cambios y aprendizaje que hemos realizado. Aprendimos que por mucho que luchemos en favor de la paz, necesitamos una fuerte capacidad defensiva, en la que un enfoque pacifista está destinado al fracaso. Aprendimos que la igualdad tiene que ver con la igualdad de mérito y no con la igualdad de resultados.

En la actualidad, nuestra idea de sociedad gira en torno a la responsabilidad mutua; un pacto, un acuerdo entre ciudadanos y no un donativo en una sola dirección, desde quienes tienen hacia quienes son dependientes. Nuestra política económica y social es hoy tributaria de la tradición socialdemócrata liberal de Lloyd George, Keynes y Beveridge, al igual que de los principios socialistas del gobierno de 1945.

Hace sólo una década la gente se preguntaba si el laborismo podría volver a triunfar alguna vez. Hoy se hace la misma pregunta respecto a la

oposición. Por doloroso que sea este trayecto de cambios, ha valido la pena en cada una de sus etapas.

Durante esta travesía nunca han cambiado los valores, y tampoco los objetivos.

Cualquier dirigente laborista, desde Keir Hardie hacia delante, podría reconocer de inmediato nuestros objetivos. Pero los medios cambian.

El viaje no ha finalizado, y nunca lo hará. La próxima etapa del Nuevo Laborismo no consiste en dar un paso atrás, sino en renovarnos una vez más. Justo después de la elección, un antiguo colega me dijo: “Vamos, Tony, ahora que volvimos a ganar, dejemos atrás todo eso del Nuevo Laborismo y hagamos aquello en lo que sí creemos” Le respondí: “Es peor que lo que piensas, porque realmente yo sí creo en el Nuevo Laborismo”.

No revolucionamos la política económica británica —independencia del Banco de Inglaterra, estricta regulación del gasto— por alguna razón administrativa o para robarles a los conservadores sus vestiduras mediante una jugarreta ingeniosa. Lo hicimos porque las víctimas de la incompetencia económica —tasas de interés del 15%, tres millones de cesantes— son familias trabajadoras. Son ellas —hoy más que nunca, cuando se avecinan tiempos difíciles— para quienes debería funcionar la economía, no para los especuladores o corredores o altos ejecutivos cuyas remuneraciones no guardan ninguna relación con los resultados de sus empresas.

El buen desempeño económico es una precondition de la justicia social.

Hemos legislado a favor de la justicia laboral, por ejemplo, mediante el salario mínimo, por el que los trabajadores lucharon durante un siglo. Pero no vamos a renunciar al carácter esencialmente flexible de nuestra economía ni a nuestro compromiso con el emprendimiento.

¿Por qué? Porque en un mundo que está dejando atrás la producción en serie, donde la tecnología revoluciona no sólo compañías sino industrias enteras casi de la noche a la mañana, es el emprendimiento el que crea los empleos de los cuales depende la gente.

Hemos aumentado las pensiones, las asignaciones familiares, los ingresos familiares; y haremos más en ese sentido. Pero nuestra máxima prioridad en gastos es, y seguirá siendo, la educación. ¿Por qué? Porque países como Gran Bretaña sólo pueden crear riqueza en los nuevos mercados por medio de la capacidad intelectual, y no por medio de sueldos bajos y fábricas que explotan a sus trabajadores.

Hemos reducido el desempleo juvenil en un 75 por ciento. Mucho más que cualquier otro gobierno anterior al nuestro. Pero nos rehusamos a pagar beneficios a quienes se rehúsan a trabajar. Porque la asistencia social

que funciona es la asistencia social que ayuda a la gente a ayudarse a sí misma.

No somos anticuados ni derechistas cuando actuamos en contra de las amenazas sociales: los graffiti, el vandalismo, los automóviles incendiados, los traficantes de drogas en las esquinas de las calles, los asaltantes adolescentes que se acaban de graduar en la escuela primaria del delito. Salimos en defensa de las personas a las que representamos, aquellas que respetan las reglas y tienen derecho a exigir que los demás hagan lo mismo.

Y en particular en estos momentos debemos decir: nosotros celebramos la diversidad que hay en nuestro país, nos hacemos fuertes con las culturas y las razas que han llegado a integrar nuestra nación actual; y los abusos y las agresiones racistas no tienen cabida en la Gran Bretaña en que creemos.

Todas estas políticas están conectadas por un hilo común de principios.

Y ahora, en este segundo período de gobierno, nuestro deber no es sentarnos a descansar de manera complaciente. Nuestra tarea abarca todos los ámbitos: competitividad, emprendimiento, pensiones, justicia penal, administración pública y, por supuesto, los servicios públicos, para avanzar aun más en la travesía del cambio. Y todo ello por el mismo motivo: para que pueda haber justicia social en el mundo moderno.

Los servicios públicos constituyen el poder de la comunidad en acción. Son ellos la justicia social hecha realidad. El niño que cuenta con una buena educación logra prosperar. El niño que recibe una educación deficiente vivirá para siempre con esa desventaja. ¿Qué cantidad de talento, capacidades y potencial desperdiciamos? ¿Cuántos niños nunca llegan a conocer, no sólo la rentabilidad económica de una buena educación, sino el placer de apreciar el arte y la cultura, o la posibilidad de expandir su imaginación y los horizontes que proporciona una verdadera educación? La educación de mala calidad es una tragedia personal y un escándalo nacional.

No obstante, incluso ahora, pese a todo el progreso de los últimos años, la cuarta parte de los alumnos de 11 años fracasan en los exámenes básicos, y casi la mitad de los alumnos de 16 años no alcanzan cinco notas aceptables en los exámenes para obtener el GCSE (Certificado General de Educación Secundaria).

El Servicio Nacional de Salud británico se creó para que las futuras generaciones pudieran vivir sin el peso de la angustia. Para los millones de personas que aún reciben excelentes tratamientos, el Servicio Nacional de Salud británico sigue siendo el máximo símbolo de justicia social. Pero

para cada paciente que espera sumido en el dolor, que no puede recibir tratamiento para el cáncer o una afección cardíaca, o que en medio de su desesperación termina pagando por su operación, su sufrimiento constituye la máxima injusticia social.

Y las demandas que enfrenta el sistema aumentan más y más. Los niños necesitan recibir una educación cada vez mejor. La gente vive más tiempo. Hay una enorme variedad de nuevos tratamientos médicos disponibles.

Y las expectativas son mayores. Ésta es una era del consumidor. Las personas no se conforman con lo que reciben, sino que exigen más.

No estamos solos en esto. En todo el mundo los gobiernos encaran los mismos problemas.

Entonces, ¿cuál es la solución? Sí, los servicios públicos necesitan más dinero. Estamos aumentando considerablemente los fondos en el Servicio Nacional de Salud, en educación y transporte para los próximos años, lo mismo que en los servicios policiales. Y en el futuro mantendremos esos planes de gasto. Y se lo digo al país con toda franqueza: si queremos que ello continúe y la alternativa es entre invertir y rebajar los impuestos, entonces habrá que dar prioridad a la inversión. Hay una verdad simple que todos conocemos: por décadas ha habido un déficit crónico de inversión en los servicios públicos británicos. Nuestra misión histórica es corregir esa situación, y el cambio histórico que representó la elección del 7 de junio fue que la iniciativa de invertir, para proporcionar servicios públicos de buena calidad a todos con una amplia cobertura, triunfó por sobre la propuesta de reducir los impuestos en el corto plazo en beneficio de unos pocos.

Necesitamos mejores sueldos y condiciones de trabajo para los funcionarios; mejores incentivos para la contratación y retención de personal. Estamos consiguiendo esos objetivos y la contratación está aumentando.

Este año, por primera vez en casi una década, los sueldos del sector público aumentarán más rápidamente que los del sector privado. Y somos el único de los principales gobiernos europeos que este año estamos aumentando el gasto público en salud y educación como porcentaje de nuestro ingreso nacional.

Nuestro partido cree en los servicios públicos; cree en el carácter distintivo de la administración pública, y cree en la dedicación demostrada por la enorme mayoría de los funcionarios públicos. Prueba de ello es el hecho de que estamos invirtiendo más, contratando más personas y pagando mejores sueldos que nunca antes.

Los funcionarios públicos no cumplen su deber por dinero o por llenarse de gloria. Lo hacen porque se sienten plenamente realizados cuando un niño recibe buena educación, cuando un paciente es bien atendido o

cuando una comunidad se torna más segura, y eso merece nuestro respeto y admiración.

Todo eso es verdad, pero también es cierto que a menudo deben trabajar dentro de sistemas y estructuras irremediamente obsoletos o, lo que es peor, que operan en contra de los propios objetivos que buscan alcanzar.

Hay establecimientos educacionales con la misma composición social: algunos funcionan bien, otros mal. Hay hospitales donde la combinación de pacientes es exactamente la misma: unos funcionan bien y otros mal.

No tendremos éxito sin una reforma, sin más dinero y mejores sueldos.

En primer lugar, necesitamos contar con un marco nacional de responsabilidad por el desempeño, de supervisión y de estándares mínimos para la prestación de servicios. En segundo lugar, dentro de ese marco, tenemos que dar libertad de acción a los dirigentes locales para que sean capaces de innovar, desarrollarse y desplegar su creatividad. En tercer lugar, debería existir un grado muchísimo mayor de flexibilidad en los términos y condiciones laborales del servicio público. En cuarto lugar, debiera haber opciones para los usuarios de los servicios públicos, y la posibilidad de recurrir a un proveedor alternativo cuando no se pueda prestar el servicio.

Si las escuelas desean profundizar un área en particular o especializarse en ella, o contratar asistentes pedagógicos o especialistas en computación, o profesores, hay que permitirlo. Si en una institución de asistencia médica primaria los doctores pueden realizar intervenciones de cirugía menor y los fisioterapeutas pueden atender a pacientes que de otra manera serían derivados a un especialista, hay que permitirlo.

Hay demasiadas demarcaciones anticuadas, especialmente entre enfermeras, médicos y especialistas. Se aprovecha muy poco el potencial de la nueva tecnología. Hay demasiada burocracia, demasiadas prácticas anacrónicas, demasiado apego a la forma en que siempre se ha procedido en lugar de hacerlo de la manera como lo harían los funcionarios públicos si tuvieran tiempo y libertad de acción.

El enemigo de los servicios públicos nos es la reforma sino el *statu quo*. Parte de ese programa de reformas es la asociación con el sector privado o con el voluntariado. Dejemos en claro una cosa: nadie está hablando de privatizar el Servicio Nacional de Salud británico o las escuelas. Nadie cree que el sector privado sea una panacea. Hay ejemplos de excelentes servicios públicos y hay ejemplos de servicios públicos deficientes.

Hay empresas privadas excelentes y deficientes. Hay áreas en que el sector privado ha funcionado bien y otras —como en algunos sectores de ferrocarriles— donde su actuación ha sido desastrosa.

Donde opera el sector privado, éste no debiera obtener utilidades simplemente reduciendo los sueldos o desmejorando las condiciones del personal.

Ahora bien, allí donde el sector privado puede contribuir a impulsar vitales inversiones de capital, allí donde ayuda a elevar los estándares, allí donde mejora el servicio público como servicio a la comunidad, el hecho de erigir barreras dogmáticas equivale a abandonar precisamente a quienes más necesitan que nuestros servicios públicos mejoren.

El programa de reformas es enorme: en el Servicio Nacional de Salud; en la educación —incluidas las becas estudiantiles, punto en el cual debemos encontrar una mejor forma de combinar el aporte fiscal con el aporte de los propios estudiantes—; en la justicia penal y el transporte.

Considero esto tan importante para el país como la reforma de la cláusula IV lo fue para el partido, y obviamente mucho más importante para la vida de las personas a quienes servimos. Se trata de una prueba decisiva para el Partido Laborista moderno. Si la gente llega a perder la confianza en los servicios públicos, no nos hagamos ilusiones respecto a lo que sucederá.

Hay un enfoque diferente del nuestro que ronda en el aire: reducir drásticamente el gasto público; dejar que aquellos que cuentan con fondos financien sus propios servicios, y que los que no tengan recursos dependan de un servicio público desmoralizado y desmoronado. Eso sería una negación de la justicia social a escala masiva. Atentaría contra las bases mismas de la comunidad.

De modo que ésta es una batalla de valores. Libremos la batalla, pero no entre nosotros. La verdadera contienda es entre quienes creen y quienes no creen en servicios públicos vigorosos. Ésa es la batalla que vale la pena dar.

Al interior de nuestro país o en el extranjero se trata de las mismas convicciones: que somos una comunidad de personas cuyos intereses propios y mutuos convergen en puntos cruciales, y que es gracias a un sentido de justicia que la comunidad surge y se nutre.

¿Y en qué consiste este concepto de justicia? Equidad, todas las personas tienen el mismo valor, por cierto. Pero también comprende la razón y la tolerancia. La justicia no tiene favoritos, ni entre las naciones, ni entre los pueblos, ni entre los credos.

Cuando adoptamos medidas para juzgar a quienes cometieron las atrocidades del 11 de septiembre, no lo hacemos por inquina. Lo hacemos porque es un acto de justicia. No estamos obrando contra el Islam. Los verdaderos seguidores de la doctrina de Mahoma son nuestros hermanos y hermanas en esta batalla. Bin Laden no es más obediente a las verdaderas enseñanzas del Corán que representantes de las enseñanzas del Evangelio eran los cruzados del siglo XII cuando saqueaban y asesinaban.

Ya es hora de que Occidente corrija su ignorancia acerca del Islam. Judíos, musulmanes y cristianos son todos hijos de Abraham. Éste es el momento de acercar los credos en virtud de nuestro legado y valores comunes, como una fuente de unidad y fuerza.

Ha llegado también la hora de que algunos sectores del Islam —lo mismo que ciertos sectores de las sociedades occidentales— combatan sus prejuicios contra los Estados Unidos.

Los Estados Unidos tienen sus defectos como sociedad; también nosotros los tenemos. Pero estoy pensando en la Unión de Estados Norteamericanos que nació después de derrotar a la esclavitud. Pienso en su Constitución, que le otorga derechos inalienables a cada ciudadano y que sigue siendo un modelo para el mundo. Pienso en un hombre negro, Colin Powell, que nació en un hogar modesto, llegó a ser Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y ahora es Secretario de Estado. Me pregunto con franqueza si algo así pudiera haber ocurrido en el Reino Unido. Pienso en la estatua de la Libertad y en la cantidad de refugiados, inmigrantes y desposeídos que pasaron frente a su antorcha y sintieron que, si no para ellos, por lo menos para sus hijos habría un nuevo mundo que de hecho les pertenecería. Pienso en los neoyorquinos que conocí, aún conmocionados, pero resueltos; en los bomberos y la policía, lamentando la muerte de sus compañeros, pero todavía con la frente en alto.

Pienso en todo ello y reflexiono: sí, es cierto que Estados Unidos tiene sus defectos, pero es un país libre, una democracia, es nuestro aliado, y algunas de las reacciones frente a los sucesos del 11 de septiembre delatan un odio hacia el pueblo norteamericano que deshonra a quienes lo albergan.

De manera que pienso que ésta es una batalla por la libertad. Y deseo transformarla también en una batalla por la justicia. Justicia no sólo para castigar a los culpables, sino para hacer llegar esos mismos valores de democracia y libertad a los pueblos de todo el mundo.

Y hablo de “libertad” no sólo en el sentido restringido de libertad personal, sino en su sentido más amplio, según el cual todo individuo debe tener libertad económica y social para desarrollar plenamente su potencial.

Eso es lo que significa una comunidad, basada en el principio de que todas las personas tienen el mismo valor.

Los hambrientos, los miserables, los desposeídos, los ignorantes, los que viven en condiciones de necesidad y abandono, desde las zonas desérticas del norte de África, pasando por las barriadas de Gaza hasta las cadenas montañosas de Afganistán: ellos también forman parte de nuestra causa.

Ésta es una oportunidad que hay que aprovechar. Ya se movió el caleidoscopio. Los pedazos de vidrio están cambiando de posición y pronto volverán a asentarse. Antes de que ello suceda, es preciso que reordenemos el mundo que nos circunda.

Hoy en día la humanidad posee capacidad científica y tecnológica para destruirse a sí misma o para ofrecer prosperidad para todos. Sin embargo, la ciencia no puede elegir por nosotros. Sólo el poder moral de un mundo que actúa como comunidad puede hacerlo. “Con la fuerza de nuestro empeño común podemos lograr mucho más que por separado.”

Por aquellos que perdieron la vida el 11 de septiembre, y por quienes lamentan su muerte, ha llegado la hora de que reunamos las fuerzas para construir esa comunidad.

Sea ella su recordatorio.